

La dignidad y la vida digna¹

Dra. Ana Teresa López de Llergo

Vicepresidenta de la *Societas Mexicanensis Scientiarum, Artium et Fidei*
Miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad Panamericana. Docente y
Asesora del Centro Universitario de la Ciudad de México.
Forma parte del cuerpo docente de la Universidad Libre Internacional de las
Américas.

Doctora en Ciencias de la Educación, Universidad de Navarra
Doctora en Ciencias Humanas, Centro Universitario de la Ciudad de México
Maestra en Pedagogía y en Historia del Pensamiento, Universidad Panamericana
Licenciada en Ingeniería Química y en Química Industrial, Universidad
Iberoamericana

¹ Para el XXIV Congreso Internacional Ciencia y Vida, “La defensa de la vida y su dignidad como barómetro de legitimidad”, en la Mesa 3: “El dilema de la obediencia a la ley injusta: directrices para profesionales y ciudadanos. Del 28 al 30 de julio de 2022, en línea.

La dignidad y la vida digna

Resumen:

Al advertir los aspectos empíricos de la vida humana se muestra el nivel superior por sobre las demás criaturas. Sus operaciones y los productos humanos son incomparables respecto a las de otras especies vivas. Sólo en ellas se da la trascendencia en el tiempo y el espacio, con sus consecuencias: historicidad, civilización, herencia cultural.

Estas evidencias son un claro anuncio de la dignidad exclusiva de la persona humana.

Palabras clave: Dignidad. Vida digna. Herencia cultural.

Abstract:

By noticing the empirical aspects of human life, the superior level is shown above other creatures. Its human operations and products are unmatched by those of other living species. Only in them is transcendence in time and space, with its consequences: historicity, civilization, cultural heritage.

These evidences are a clear announcement of the exclusive dignity of the human person.

Key words: Dignity. Worthy life. Cultural heritage.

La dignidad y la vida digna

ÍNDICE.

Datos evidentes

Consecuencias de esos datos

Conclusiones

Bibliografía

Frase inspiradora: “Trata a un ser humano como es y seguirá siendo lo que es, pero trátalo como puede llegar a ser y se convertirá en lo que está llamado a ser” (Goethe). Hay una potencialidad encerrada en cada vida humana, se debe reconocer y proyectar. Éste es el propósito del presente trabajo.

Datos evidentes

El punto de partida es la evidencia, lo que vemos, lo que nos rodea, lo que cada uno es. La interpretación, los deseos y lo que quisiéramos son consecuencias, pero no punto de partida, tienen su importancia para desvelar los efectos de las posibilidades, sin embargo, todo esto parte de la naturaleza de las cosas, y estas evidencias tienen su lugar en los

fundamentos y no es adecuado trans tocar ese orden. Las evidencias muestran el mundo y sus criaturas tal como son. Así el marco es el realismo, no el idealismo ni las ideologías.

Este trabajo llama a la reflexión y al orden, porque cuando algo nos pertenece, por ser cotidiano, por acompañarnos siempre, porque lo damos por supuesto, porque ordinariamente no consideramos el peligro de perderlo, porque también los demás lo tienen, porque no es canjeable, porque no lo podemos vender ni partir, porque nos acompaña durante nuestro paso por la Tierra, la costumbre nos impide valorarlo. Este es el caso de la vida humana.

Además, intervienen las costumbres, enfoques colectivos tradicionales que nos instalan en un punto de vista único, y no lo es. Esto sucede en México donde la muerte es un tema cercano, e incluso admite bromas. El folklor mexicano la trata en muchas canciones: “la vida no vale nada...” La canción se equivoca, la vida humana sí vale mucho, pero oír la letra de esa canción deja huella, aunque no queramos.

Se detienen a estudiar la vida los médicos, los filósofos y algunos más como los abogados, que indican una serie de sanciones a quienes atentan contra ella. Cada uno de nosotros también reflexionamos sobre la vida cuando nos llama la atención algún aspecto, o cuando quieren incrementar su rendimiento por ejemplo en el deporte.

Las criaturas que tienen vida poseen por ella una serie de cualidades asombrosas. Son capaces de encontrar la manera de conservarse, buscan recursos para sustentarse o para recuperar la salud, detectan los peligros y los afrontan si tienen las fuerzas requeridas o huyen si no las tienen. Además, procuran la permanencia de su especie con la reproducción.

Pero entre los vivientes que habitan nuestro planeta, hay una especie que manifiesta la superioridad sobre las demás criaturas, somos los poseedores de vida humana: las personas. Tenemos la capacidad de organizar a los otros seres vivientes o solamente aprender de ellos; aprovechar sus cualidades, pero también cuidarlos e investigar para encontrar el modo de conservarlos.

Lo más importante de los humanos es lo que hacemos con la propia vida y las relaciones que establecemos con los semejantes. Aunque contamos con un instinto natural que ayuda, esta capacidad se apoya en el modo de conocer y su de actuar, somos libres. La libertad nos hace dueños de la propia vida para convivir y para superarnos, si queremos. Establecer relaciones con todos es estupendo, pero admirablemente poder hacerlo con Dios.

Esta reflexión sobre la vida humana nos tiene que mover a defender lo grandioso, lo que nos hace humanos, independientemente de las peculiaridades de cada uno. De aquí deriva el respeto al palpar la posesión de los dones superiores recibidos. Por eso, nadie tiene derecho a quitar la vida humana. Sólo Dios cuando llama a cada uno, y no la quita sino la transforma.

Desgraciadamente, en la actualidad somos testigos de un fenómeno generalizado en muchos países: opinar, con bastante superficialidad, sobre la vida humana en el inicio o en las etapas de edad avanzada o de precaria salud. En estos períodos, cuando surgen

inconvenientes se propone la solución más cómoda e inadecuada: eliminar la vida con el apoyo legal.

Cuando se sacuden los problemas y las soluciones van en la línea de eliminar, soslayar o destruir, en el fondo hay un encubierto desencanto, algunos seres humanos estorban. Esto debido a la pérdida del sentido de la realidad y a una postura discriminatoria absurda. Los efectos de la destrucción de la vida humana son devastadores. Son pérdidas donde todos resultamos dañados.

Hace falta recuperar la objetividad, redescubrir la herencia de nuestros antecesores y nuestra responsabilidad ante las futuras generaciones. No podemos claudicar, contamos con ejemplos cotidianos en donde cada persona se beneficia y beneficia a los demás, no lo hace sólo en su entorno, también lo hace en el futuro, trasciende, hace historia. Dejar huella es posible gracias a los resultados de pensar, estudiar, actuar, transformar, mejorar y sobre todo amar para compartir logros y beneficios. Desgraciadamente, también se puede hacer lo contrario: perjudicar, atacar, agraviar. Este es el claro-oscuro de la vida humana, hacer buen o mal uso de la libertad.

El ser humano por ser sociable es comunicador, participa sus logros, comparte sus esperanzas y descubre que él solo puede avanzar, pero con los demás llega más lejos. Todos interactuamos con los seres, aprendemos y dejamos huella. Tenemos interioridad y exterioridad, somos muy diferentes a las demás criaturas.

La vida humana es teórica y práctica. Consiste en aprender, planear, ejecutar, colaborar. La ayuda no es meramente teórica ni solitaria, sino también práctica y comunitaria. Y la necesitan más los frágiles o los vulnerables, como los niños y los ancianos, o los enfermos y los minusválidos. La atención a esos sectores engrandece el sentido de la vida humana.

No somos un eslabón más de la cadena de criaturas o del producto de la evolución, buscamos significados, planeamos, decidimos. Hay algo muy superior, la espiritualidad que muestra trascendencia y permanencia. Esto es, un más allá que satisfaga lo que no nos satisface en el aquí y ahora. Por eso, son lógicas las relaciones con los animales, pero de ningún modo sustituyen a las debidas con otros seres humanos.

Además, por la espiritualidad podemos establecer relación con el Ser Supremo. De hecho, Él nos diseñó así y nos deja en libertad de hacerlo o no. Aceptar esa oportunidad concreta la relación más alta que puede tener la persona humana. Este es el aspecto definitivo para afirmar el nivel superior de la vida humana. La consecuencia sensata es cuidarla, respetarla, admirarla, agradecerla. Cada vida humana es original e irrepetible.

La dignidad humana se debe a que toda persona ocupa el sitio más elevado por sobre las demás criaturas. Tiene la tarea de administrarlas, posee las capacidades para ello. Pero especialmente por el hecho de poder relacionarse con Dios. Aunque pueden darse casos de personas que por algún motivo tuvieran una incapacidad y no pudieran realizar su tarea, esas limitaciones no les quitan la dignidad, nunca dejan de tener ese rango.

<p>La dignidad es la condición propia de todo ser humano por el mero hecho de serlo, por ser persona, con sus características corpóreas y espirituales y por sus condiciones particulares únicas. La dignidad no se otorga, es consustancial al ser humano. Por eso merece darle la mejor calidad de vida y ésta es posible con la práctica de las virtudes.</p>
--

Esta es la razón por la cual nunca se pierde la dignidad, aunque les alcance algún accidente, o aparezca una enfermedad degenerante o pierdan facultades en la ancianidad. La tristeza que produce a los demás darse cuenta de tales pérdidas no justifican los ataques a la vida.

Desgraciadamente, la sociedad contemporánea solamente admite dignidad en personas bien dotadas físicamente, triunfadoras, llamativas. A las demás les recetan la muerte. Se olvidan de que toda vida humana vale por sí misma.

Las creencias dan una solidez especial para asegurar la dignidad de toda persona humana. En la religión católica la realidad de la dignidad responde a cualquier duda al explicar la redención y la adopción como hijos de Dios por medio del Bautismo.

Hay personas jóvenes con vitalidad, con madurez, audaces pero no imprudentes, cuyo trabajo da muy buenos resultados, y mantienen buenas relaciones familiares y sociales. Estos casos siempre son resultado del aprovechamiento de la educación y del esfuerzo personal. Practican variadas virtudes como la fortaleza para arrostrar retos, la paciencia para ser oportunos, la cordialidad para fomentar las relaciones, la justicia para ser equitativos, la alegría para sobreponerse a problemas o para disfrutar los éxitos.

Esa es una vida digna, hay integración personal y social. Además, vivir así solidifica los hábitos buenos, y estas personas están inclinadas a continuar con esas virtudes a lo largo de su vida. También cuando aparece el deterioro. Sin embargo, en la última etapa, requieren de la ayuda de quienes les acompañan, para recordarles la práctica de las virtudes, para sobrellevar dignamente las pérdidas que necesariamente se dan. Aquí caben los cuidados paliativos.

Los cuidados paliativos son múltiples. Unos consisten en prestar servicios cotidianos, otras veces serán cuidados especiales con la ayuda de expertos. Aplicados con paciencia y oportunidad, impulsan y mantienen el buen ánimo, y fomentan el agradecimiento. Con los cuidados paliativos se practica la solidaridad de un modo muy alto pues se ayuda a los vulnerables a concretar virtudes en la última etapa de la vida.

La vida digna exige ayuda para morir con dignidad. Es interesante observar la psicología del anuncio. Incorporan a una frase inicial, que promete algo grande, un contenido totalmente ideologizado, con la finalidad de conseguir unanimidad en las respuestas. Así logran una multitud conformada por personas de diversas posturas, que desgraciadamente no detectan la incongruencia de sus convicciones con la propuesta a la que se unen. La táctica busca la rápida anexión de los adeptos para no dar tiempo a la reflexión con la cual descubrirían el verdadero sentido de la propuesta y otros fines perversos.

Todos deseamos vivir con la dignidad propia de la persona humana. Eso incluye morir dignamente, pero en este aspecto ya no hay claridad. Morir con dignidad se reduce a un planteamiento altruista pero difícil de lograr en la práctica, por el natural deterioro de los ancianos. La solución fácil es eliminar la vida precaria con la eutanasia. Descartan la realidad de llevar el deterioro con dignidad, posible si se aplican las virtudes adecuadas en esas circunstancias. Como puede ser la humildad para reconocer los malos modos y pedir una disculpa.

Los argumentos en favor de la eutanasia están bien articulados y confunden a las personas, incluso a quienes descartan este recurso. Antes de que se den cuenta de lo que se encubre, son bombardeadas con múltiples argumentos sentimentaloides, con lo cual consiguen adeptos que se involucran para defender lo indefendible. Emotivamente se exaltan y bloquean su razonamiento. Quedan cegados para advertir la degradación de lo que piden.

Gracias a los adelantos en la información, nos damos cuenta de que a nivel mundial esta propuesta se repite. Los argumentos son iguales y las tácticas también. ¿No es extraño? Por qué si en cada país hay distintas prioridades, el aborto ocupa el primer sitio. Hay síntomas de desesperanza y de injusticia. Falta la esperanza porque se descarta el afán de superación en las personas vulnerables. Hay injusticia porque se niega la ayuda a quienes la necesitan, y porque a los profesionales del campo de la salud que se oponen a la eutanasia les obligan a esa práctica. La eutanasia es un fracaso social, impide la conducta ética.

Los cuidados paliativos sostienen la dignidad en las últimas etapas de la vida. No han de dirigirse solamente a los aspectos corporales. Si se abren a lo espiritual, prestarán una ayuda mucho más profunda y meritoria. Esto incrementa la seguridad de practicar el bien y tener el convencimiento de que en esas condiciones hay acompañamiento para sostener la superación y la ejemplaridad. La persona nuevamente palpa su capacidad y su dignidad. Así se practica la responsabilidad moral de cuidar a los más deteriorados.

Es necesario advertir que los cuidados paliativos difieren del ensañamiento terapéutico. Éste se caracteriza por el empeño de mantener la vida de forma artificial y a toda costa. Los cuidados paliativos consisten en aplicar los medios mínimos necesarios, como disminuir el dolor, mientras llega la muerte de forma natural, con la finalidad de intentar la curación o mejoría del paciente siempre que sea posible, o conseguir el posible bienestar del enfermo en lo físico, lo psíquico, lo social y lo espiritual.

Quien desconoce la universalidad de la dignidad humana justifica descartar a algunos por sus condiciones específicas y, por esa razón, justifica la eutanasia. Así se entiende el exterminio de una raza, o de colectivos que padecen una enfermedad incurable o deformante, o con un coeficiente intelectual limítrofe. Por el contrario, el primer derecho humano es el derecho a la vida.

Hay Declaraciones universales muy importantes. Por citar algunas: la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, y la Declaración Universal sobre el Genoma Humano y los Derechos Humanos, de la UNESCO de 1997. Ésta última es muy importante porque anula el aborto al reconocer con los mismos derechos y la misma dignidad a todo individuo desde que se constituye la información de la que dependen las características biológicas propias de los seres humanos. Esto incluye desde la etapa embrionaria a la de adulto mayor, independientemente de si se han desarrollado todas o parte de sus capacidades, o de si han pasado por una temporada en estado de coma, o de inconsciencia, o de algo semejante.

Una grave tentación de todos los tiempos, pero ahora más evidente, es la de dejarse llevar por las soluciones fáciles. La causa es la tendencia a resolver los problemas del modo más fácil, que generalmente resulta injusta y siempre inmoral porque al no afrontar el problema, volverá a presentarse y a solucionarse con los antecedentes inconvenientes que se han adoptado.

La ausencia de justicia se cambiará por la imposición del más fuerte, del más poderoso, del más influyente, del más rico. Todos estos son criterios que sustituyen los valores inherentes a toda persona. Así no se progresa, al contrario, se retrocede fingiendo adelanto. Eso es doblemente grave.

Si no se reconoce en todas las personas la misma valía, la misma dignidad, regirá la ley del más fuerte y se podrán descartar a los pueblos o a distintos grupos según los criterios predominantes. El plano inclinado hacia abajo es difícil de reorientar y la fuerza del descenso arrastra cada vez con más fuerza si no se le pone un hasta aquí a tiempo. Las inversiones millonarias en las industrias del aborto o la eutanasia son un negocio muy redituable, es por eso la dificultad en dar marcha atrás.

La vida digna es la consecuencia del reconocimiento de la dignidad que reviste a toda persona, y del empeño personal y comunitario por actuar en todo tiempo y circunstancia de acuerdo a como puede y debe llegar a ser: una persona virtuosa.

Somos testigos de la herencia de nuestros antecesores. Conocemos la historia y aprendemos, aprovechamos los inventos que mejoran nuestro estilo de vida, gozamos con el acervo cultural del arte y la ciencia. Esta experiencia nos llama a revisar lo que aportaremos a quienes nos sucedan.

Consecuencias de esos datos

El entorno material y social para el adecuado desenvolvimiento de la vida humana, requiere de unas condiciones proporcionadas a su dignidad. Esto incluye habitaciones, transportes, medios de información, espacios de educación o de socialización, instituciones que prestan ayudas especiales para grupos concretos o minoritarios y lugares donde realizan su trabajo. Es necesario acortar las diferencias en los recursos de los distintos niveles socio económicos, porque todos gozan de la misma dignidad.

Y el sitio acorde con el mejor desenvolvimiento de la vida humana es la familia. Una familia disfuncional es un grave problema. Desgraciadamente, hay una tendencia donde se debilita a la familia pues busca convencernos de que lo más importante para ser feliz es liberarse de toda atadura, hacer lo que yo quiero, cuando quiero y con quien quiero. Esto responde a una desviación del hecho de haber sido creados por amor y para amar. Porque el amor humano auténtico está ordenado a la reciprocidad y no al egocentrismo.

Hacer lo que quiero, cuando quiero y con quien quiero es un amor centrado en sí mismo, es un amor egoísta que busca solamente satisfacer los propios intereses, las propias tendencias, sin reparar en las necesidades de los demás. Cuando dos personas opinan de este modo y coinciden en hacer lo que quieren mutuamente, piensan que aman al otro, y la realidad es que se aman a sí mismos. Se desnaturaliza el verdadero amor que funda a una familia.

Por eso, cuando los cónyuges se habían ropen la relación pues ninguno se siente satisfecho, eso se terminó, retornan a la vida en soledad esperando a alguien más que les satisfaga, y así sucesivamente. De ninguna manera se les ocurre que pueden lastimar a

los demás porque solamente atienden a los impulsos sensitivos y renuncian a una vida plena que incluye la espiritualidad en compañía.

Este individualismo en lo afectivo es el funeral de la familia. Porque en la familia se construye el amor en reciprocidad, que inicia con una atracción deslumbrante suficientemente fuerte como para iniciar un deseo de conocerse y amarse, para seguir con una relación suficientemente constante como para asegurar una complementariedad de semejanzas y de diferencias. Hasta madurar la responsabilidad mutua y exclusiva, para hacer feliz al otro.

El auténtico amor, no el inventado por el egoísta, busca la donación y hacer feliz al otro. Hacer feliz al otro repercute en la propia felicidad. El amor de los cónyuges no es en soledad, sino que cada uno piensa en el otro. Y la estabilidad es característica de la auténtica familia, y este es el ambiente para desarrollar y madurar el amor que se profesan.

Quienes acostumbran hacer el amor por poco tiempo o tienen muchos amoríos al mismo tiempo pervierten el amor porque no puede madurar, la provisionalidad impide el conocimiento verdadero. El amor que madura y se prepara para la fidelidad pasa por distintas etapas de la relación, inicia con un idealismo que va desapareciendo con el conocimiento mutuo y con la seguridad del sólido agrado que provoca la otra persona.

Cuando se crea una familia el amor crece si se garantiza la convivencia bajo el mismo techo. Se quieren debido a la experiencia de convivir. Pero no podemos olvidar que todos los seres humanos tienen defectos y en la familia se conocen mejor, y precisamente por eso el amor crece y madura porque se acepta a la otra persona con sus defectos porque pesan más las cualidades.

Los defectos hacen sufrir y, es muy bueno que pongan medios para desterrarlos, un buen motivo es dejar de hacer sufrir a quien aman. Pero muchas veces están tan arraigados que no desaparecen, entonces se experimenta el misterio del amor que duele. Y, también misteriosamente el amor se fortalece mutuamente, y aumenta porque es auténtica donación del que ama y sufre los defectos, y es profundo agradecimiento de quién sabe que le quieren como es.

Cuando vienen los hijos el amor se expande, podría decirse que se hace poliédrico porque la unidad entre el padre y la madre se robustece al compartir la responsabilidad ante el nuevo ser. Ambos lo trajeron al mundo, y tiene herencia de los dos. Así la experiencia de otros modos de amor los enriquece, pues si tienen presente el deber de cuidar el amor entre ellos, nunca caerán en el error de sustituirlo por el amor a los hijos. Y la familia será el sitio donde los hijos aprendan a amar a los padres y a los hermanos. Además del amor a la familia extensa.

Así como no hay cónyuges perfectos, tampoco hay hijos perfectos, ni relaciones perfectas. A partir de esta realidad, cada quién debe aceptar sus errores y aprender a pedir perdón, así como también aprender a perdonar. Pedir perdón y perdonar son dos modalidades del auténtico amor. Y curiosamente, el proceso no termina allí sino que el punto final se da en el agradecimiento por saberse perdonado y corregido. Ese agradecimiento también fortalece el amor.

Viene al caso la siguiente idea luminosa de Robert Sarah: “El hijo recibe el amor de sus padres gratuitamente, sin haberlo merecido; y, a su vez, da también amor. Esa humildad esencial que consiste en aceptar recibir sin ningún mérito y en transmitir gratuitamente es la matriz del amor familiar” (Se hace tarde y anochece, p. 111).

Los efectos de quienes se empeñan en un amor egocéntrico son tremendos porque destruyen a la familia, destruyen a las sociedades y, aunque no lo crean se destruyen las mismas personas pues renuncian al amor que es la razón de su existencia. La vida se convierte en un funeral en donde cada uno carga su propio cadáver.

Sin familia y sin amor auténtico de unos por otros, las personas tienen una profunda soledad y mucha inseguridad. No tienen un lugar donde refugiarse con personas cercanas que captan sus desajustes y se acercan con cariño y oportunidad para brindar compañía, consejo, comprensión y ayuda. Las reacciones ante esta soledad van desde el suicidio hasta el desahogo agresivo de golpear, ofender o privar de la vida a otros.

La agresividad crece, no se valora a los demás, por eso un hijo no deseado se aborta, y un anciano improductivo estorba y se asesina. Con estos antecedentes es explicable la ansiedad, el estrés incontrolado, el sin sentido de la vida humana y preferir a una mascota... El deterioro es enorme, es tierra de cultivo de la corrupción.

Si queremos frenar este panorama es indispensable que cada uno defienda su propia familia, ayude a otros a revalorar su familia y hacer planes comunitarios para frustrar los continuos ataques a la familia, por quienes se declaran enemigos de la humanidad.

Todos los miembros de una familia se dan cuenta cuando alguien pasa por un mal momento. Quienes tienen más sentido común han de ayudar dándole tiempo para serenarse. Desgraciadamente, a veces, en lugar de tranquilizar se les incita y empeoran los resultados. Ayudar a mejorar produce ambiente de paz e inclina a todos a conservarla. La paz facilita el bien y las personas son positivas. Cuando no hay paz en la conciencia las personas hacen daño.

Si en la familia se ayudan unos y otros hay lecciones prácticas de solidaridad, de desarrollo, sentido de pertenencia y progresa el bien común familiar. Esto es una plataforma para las condiciones de la verdadera paz social. La inclinación de quedarse con lo de los hermanos o lo de los compañeros de la escuela, o mentir para evitar el castigo que merecen son pequeñas malas conductas que todos han de atajar en la familia, es imperioso formar la conciencia para quitar esos vicios cuando son pequeños.

Si no se cuida la moralidad de los miembros de la familia, no nos extrañemos de tener ciudadanos que defraudan cuando trabajan en instituciones que distribuyen donativos, mienten con tal de poseer lo ajeno, hacen sus fortunas a costa del comercio de estupefacientes. Castigan a compañeros que denuncian esas actividades. O son personas que dejan hacer el mal porque no se atreven a denunciar injusticias por el miedo a las represalias.

Otras contradicciones son evidentes: el seno materno es uno de los sitios más peligrosos para la subsistencia de los bebés; la familia en muchísimas ocasiones es el sitio donde se cometen tremendas violaciones. Todos estos actos reprobables producen zozobra e

intranquilidad que afectan las relaciones humanas. Con un malestar interior así es difícil estar en paz y mucho menos difundir la paz, porque no se da lo que no se tiene.

Además del fortalecimiento de la familia, es necesario desterrar la promoción del aborto. La Suprema Corte de los Estados Unidos ha dado un buen paso, pero aún es insuficiente.

El 24 de junio de este año, la Suprema Corte de los Estados Unidos declaró que el aborto no es un derecho. Por lo tanto, en la Constitución de ese país se quita una mancha tremenda que duró 49 años. Pues en 1973, se aprobó la interrupción del embarazo en todos los Estados, cuando se dio por buena la ley “Roe & Wade”.

El primer derecho humano es la defensa de la vida y el aborto es la defensa de la muerte. En esa Constitución había una contradicción de base, aunque con la manipulación del lenguaje pudo instalarse bajo el concepto de “interrupción del embarazo”. Táctica muy socorrida en la actualidad para endulzar el paladar y disfrazar los hechos criminales.

Al menos ahora la legislación del país se alinea con la ley natural. Pero hay tibieza en la defensa de tal afirmación al permitir que los Estados sean libres de aceptar o rechazar el aborto. El bien siempre ha de practicarse y defender la vida es un bien incuestionable. Por tanto, solamente actúan en el campo del bien y de la libertad quienes impidan el aborto.

El mensaje velado a los gobernantes de los estados de Norteamérica es: actuarás de acuerdo a la Constitución cuando rechaces el aborto, pero puedes actuar de modo contrario. Por tanto, la fuerza de la ley está craquelada y se deja abierta la puerta a quienes están profundamente comprometidos con las pingües ganancias del negocio del aborto. En el fondo se impuso el relativismo.

Sin embargo, es de reconocer la valentía de los jueces Amy Coney Barret, Brett Kavanaugh, Clarence Thomas, Neil Gorsuch y Samuel Alito cuyos argumentos fueron vigoroso para la defensa de la vida. Lo contrario sucedió con Elena Kagan, Sonia Sotomayor y Stephen Breyer. El Presidente de la Suprema Corte, John Roberts, mantuvo una posición intermedia, y al final dio a conocer el resultado.

La defensa de la vida, como derecho universal, se ha politizado. Para los republicanos es una propuesta, y para los demócratas no lo es. Lo lógico es que ambos partidos lo asuman por ser un derecho humano, y dejar sus diferencias para terrenos menos coyunturales. Patéticamente esta es una tendencia generalizada y muy destructiva, en este terreno y en otros, en ese país y en otros.

Desgraciadamente en la actualidad no se ven los Derechos humanos como una herencia de toda persona, por encima de cualquier postura política o creencia religiosa. Con el ejemplo anterior queda clara la sustitución de la política por la politización un partido defiende un Derecho los demás lo atacan y se apropian de otro. Los Derechos no son bandera de nadie, son un legado de todos. Sin este criterio algunas consecuencias son la de imponer leyes según el partido, no según la verdad y el bien. Una de las muchas consecuencias nefastas es la de vivir bajo leyes circunstanciales que si no se viven hay sanciones. De allí los conflictos de conciencia para quienes saben que esas no son auténticas leyes pero si las ignoran peligran sus derechos ciudadanos. Este modo de proceder fractura la fraternidad humana.

No apoyar algún planteamiento porque es de otro partido es absurdo, es visceral. Hay asuntos que son para todo ser humano, son irrenunciables y en ellos hemos de coincidir. Hay fundamentos y verdades básicas que son bienes para la humanidad y no propiedad de algunos. De hecho, esos temas son la base para solucionar conflictos. Son puntos de unión.

Una verdad para todos es la del inicio de nuestra existencia: todos iniciamos con un proceso embrionario, la división celular es idéntica para todos, aunque nuestra carga genética nos vaya a singularizar. Todos hemos sido fetos y hemos crecido hasta estar en condiciones de subsistir fuera del seno materno. Ninguno hemos sido excepción.

Un derecho humano no es un derecho de mayorías ni se decide democráticamente con una votación, ni está sometido a la casuística. Sin embargo, esta afirmación no es clara para todos. Así lo demuestra el trabajo realizado por los jueces Stephen Breyer, Sonia Sotomayor y Elena Kagan pues consideran el aborto como un recurso para proteger a las mujeres que viven un embarazo no deseado y pierden lo que ellos llaman una protección constitucional fundamental.

Este enfoque de corta visión y amnesia de los principios fundamentales lo defienden, por desgracia, personas con altos cargos como el presidente Joe Biden, quien afirmó vivir un día triste, por la resolución de la Suprema Corte y propuso una ley federal para reinstalar el aborto.

Lamentablemente, el trabajo realizado todavía no es una sentencia basada en la moral, ni en conceptos de derecho natural, mucho menos en la Ley de Dios, sino en cuestiones de técnica jurídica. Por eso cae bajo la precaria seguridad de las leyes humanas, que pueden cambiar con el tiempo. Y esto no resuelve el problema.

Aunque esto es un paso muy importante, pues se dio un fuerte golpe a la situación anterior, que parecía imposible de cambiar, ya se pueden dar leyes antiaborto, pero el aborto no está prohibido. Cada estado de la federación norteamericana puede prohibirlo, o también permitirlo o regularlo.

La tarea pendiente de la Suprema Corte es argumentar profundamente y contundentemente para aclarar lo obvio: el derecho humano a la vida es superior a cualquier derecho de inferior jerarquía. Y este derecho es mucho más defendible en el caso de los más indefensos: los no nacidos y los recién nacidos. Tampoco han demostrado la maldad moral de matar a una criatura indefensa.

Así quedará bien fundamentada la fuerza para declarar inconstitucional cualquier ley que permita el aborto. Pues el aborto es un asesinato. Y, a la vez, quienes ejerzan cargos de suma autoridad de ningún modo podrán alterar, anular o impedir la aplicación de esta ley.

El trabajo no ha terminado, todos los legisladores y los ciudadanos pro vida, tendrán que resistir y sofocar los embates de los grupos opuestos. Ya han advertido sobre la lucha que van a entablar. No se darán por vencidos. El peligro es considerar terminada la lucha. No ha terminado, pero si se han abierto nuevas oportunidades que no hay que dejar pasar.

Este suceso es ejemplo para otros y no se debe desaprovechar. Quienes claudicaron de sus principios porque países de extensos territorios admitían el aborto, ya fueron testigos

de este viraje y del esfuerzo por recuperar las verdaderas leyes. Los movimientos ciudadanos han desempeñado un papel irremplazable, insustituible y necesario, no pueden ausentarse, hacen falta.

Además de este ejercicio para defender la vida desde la legislación, hay movimientos ciudadanos en todos los países. Una muestra es la de “40 días por la vida”, una de las plataformas que se encarga de acudir a los abortorios para rezar y acompañar a las madres que acuden a ellas. Estos grupos han asegurado que seguirán haciéndolo a pesar de las amenazas penales aprobadas por los respectivos gobiernos y ha recordado a la juventud que son «la generación provida» El movimiento ha incrementado su vigor y está influyendo con renovada fuerza.

En el mosaico de acontecimientos, el fenómeno migratorio siempre ha sido un acontecimiento penoso. En la actualidad lo es más aún.

El pasado 27 de junio, sucedió la peor tragedia migratoria en Texas, al dejar abandonado un tráiler con al menos 64 personas, 50 de las cuales fallecieron por deshidratación, asfixia y golpe de calor dentro de una caja sin ventilación; 22 de los fallecidos eran mexicanos, 7 de Guatemala, 2 de Honduras y 19 sin datos sobre la nacionalidad.

Este suceso deja ver una serie de irregularidades en este flujo de seres humanos, desprotegidos por el país de origen y el de llegada. Personas que buscan mejores condiciones de vida, y otras que aprovechan los traslado para engañar y defraudar con impunidad.

El mosaico de datos recogidos, nos muestran un deber ser y a la vez las dificultades para alcanzarlo. Nosotros somos capaces de luchar por los ideales y llevarlos a la práctica, pero también ponemos obstáculos y los frustramos, al menos temporalmente. Dentro de cada persona hay ideales y conformismo, vigor y cobardía. De allí los resultados en la sociedad, a veces ofrece un entorno perfecto, otras veces es degradante. Uno impulsa a la vida virtuosa y otro a la vida viciosa. Esa es la encrucijada, la opción por el bien o por el mal.

Para inclinar la balanza al bien es necesario el recurso de la educación. Las personas educadas son capaces de valorar a la familia y de forjar una sociedad protectora y promotora de la vida digna.

Conclusiones

La dignidad: se tiene y se cultiva. Se cultiva en el modo de desenvolverse en lo ordinario: salud y enfermedad; trabajo y descanso; en la niñez, adultez y ancianidad; en lo personal y en lo grupal. Pero como hay obstáculos es indispensable la ayuda de la educación.

Es necesario repensar la educación para adecuarla a las peculiaridades de la etapa vital y a las características del entorno.

Educamos a personas, a los demás los amaestramos. Las personas tienen libertad, por eso requieren educación porque esta actividad solamente se logra si la persona colabora, la acepta y pone de su parte. El amaestramiento incide en las irreflexivas respuestas al

estímulo. Y cuando el estímulo o el estimulador desaparecen, el receptor también carecerá de respuestas.

Los griegos, en la antigüedad, desde sus creencias y conocimientos humanísticos, abordaron el tema de la educación. Recurso importantísimo para la promoción de cada persona. Esto no fue exclusivo de ese pueblo, los demás también educaban a sus hijos y podemos estudiarlos y aprender. Sin embargo, la fundamentación holística es más incisiva y profunda en los griegos. Conocían mejor al ser humano.

El cristianismo al difundirse en los pueblos vecinos de los hebreos, puso el toque de perfección al ya buen proceso educativo. Pero como muchas veces las personas nos cansamos de lo que tenemos y buscamos novedades, no siempre elegimos bien, y si algo nos deslumbra, la capacidad de elegir se aleja de la reflexión y se facilita el deterioro.

Por eso, los grandes maestros, que saben de estos peligros, periódicamente recuerdan los fundamentos y sugieren mejores prácticas educativas, acordes con las necesidades contemporáneas. Recientemente el Papa Francisco ha elegido unas pautas que vienen bien para fortalecernos en aspectos que o hemos descuidado o no les habíamos dado su lugar.

Dados los fenómenos que nos han sacudido por un tiempo prolongado y para los que aún no contamos con soluciones certeras, la sensatez ha de acompañarnos para fortalecernos y estar dispuestos a sostenernos y a mejorar ya, sin esperar otras circunstancias. El trabajo es doblemente arduo, porque hemos de combatir las heridas, si las tenemos, y recuperar el tiempo perdido.

Siempre es prudente conocer el terreno en el que nos movemos y nuestra propia disposición. Esto equivale a saber cómo estoy y cómo están los que me rodean. Esto es recuperar el adagio griego de “conócete a ti mismo”, pero también conoce las disposiciones de los demás. Además de saber cuáles son los recursos disponibles.

La verdadera educación incide en primera persona, pero también ha de llegar a los demás, incluye a todos. Los recursos se aprovecharán con respeto y justicia, esto es, sin depredar, sin degradar, sin defraudar a los colaboradores. Con una difusión justa y equitativa. Con una distribución de tareas equilibrada, fraterna, sin explotación. Así se diseña una vida más llevadera.

Conocer a los demás nos beneficia porque aprendemos a convivir con otras razas, con otras personas que nos muestran sus culturas, tal vez muy distintas a las nuestras, pero nos amplían el horizonte y aprendemos de otros modos de organización. Aumenta nuestra capacidad de adaptación y eso facilita las buenas relaciones con quienes son muy diferentes, incluso con distintas generaciones.

El aspecto anterior nos ayuda a evitar la discriminación entre hombre y mujer, entre personas de distinto estrato social, raza, profesión, religión o edad. Aspectos que en el pasado no se consideraban o se violaban, y ahora con la experiencia de nuestros antecesores, estamos más capacitados para defender los derechos de todos. También a dar voz a quienes no la han mostrado.

La densidad de población ha evidenciado la explotación y la injusta distribución de los bienes de la Tierra. Ahora tenemos más consciencia de los estragos y desequilibrios

ocasionados por la desaparición de algunas especies, o por el mal uso del suelo, del aire o del agua. La naturaleza se ha empobrecido y esto reclama una vida más sobria y un trabajo humano que recupere la sustentabilidad.

El amor al prójimo incluye cuidar el entorno que dejaremos a las siguientes generaciones. Por eso, un tema dentro de la educación debe tratar de la ecología. El resultado de este aspecto compromete a cuidar la madre tierra, a evitar el desperdicio de alimentos y recursos, a compartir mejor los bienes, a disminuir la basura.

La finalidad de la educación consiste en lograr que cada persona, cuando adquiere cierta madurez, mejore por propia convicción. Sin olvidar los consejos de los padres y de los maestros. Si se diera el caso de la pérdida de los consejeros, buscar el modo de aprender por el propio esfuerzo. Ahora, con el acceso a la tecnología hay tutoriales variadísimos y, las explicaciones son fáciles y graduales, de modo que se pueden adquirir aprendizajes variados que amplíen los conocimientos o los datos que se recibieron en la escuela.

La educación fortalece el carácter, y propicia la buena conducta, las buenas elecciones. Por ejemplo, ahora con tantas oportunidades es fácil perder el tiempo o deteriorarse investigando páginas inconvenientes.

La finalidad de la educación de la niñez y la juventud ha de perseguir la congruencia. Lograr formar personalidades virtuosas, confiables, comprometidas y sólidas, gracias a la facilidad de armonizar sentimientos, pensamientos, y elecciones. Personas así son confiables y ejemplares

La tarea de educar para que ser congruente, es la obra de arte más hermosa. Es posible admirar en ella la belleza de la armonía de lo que piensa, dice y hace. La armonía de la congruencia y la fidelidad a los compromisos. La armonía de quien cumple sus promesas. La armonía de quien aplica su libertad.

Mediante la educación tratamos a las personas con la finalidad enfocada hacia cómo puede llegar a ser y con la esperanza de que se convertirán en lo que están llamados a ser: personas virtuosas.
--

La vida virtuosa es la vida más digna porque muestra la superioridad debida a la espiritualidad propia de cada persona.

Una consecuencia de la educación es la de admitir la responsabilidad de participar. Hay gran variedad de ámbitos de actuación y múltiples tareas que nos competen en la vida ordinaria, podemos excluirnos y ser irresponsables o afrontarlas y asumir la responsabilidad. Tanto en un caso como en el otro nuestra consciencia nos lo demandará. Y muchas veces también lo harán los demás.

Somos miembros de varias sociedades, está en nuestra esencia vivir con otros. Nos necesitamos, la soledad no es el ambiente adecuado para los seres humanos. Pero en cada grupo social se espera de cada quien una participación a la medida de su preparación.

Hace falta recordar dos valores vinculados al modo de participar: la solidaridad y la subsidiariedad. No sólo se activan estos valores sociales en los momentos extremos sino son motivaciones para todo tipo de actividad ordinaria o extraordinaria que nos competa.

Es de advertir que tenemos unas tradiciones y unos consejos ancestrales, de sentido común, que nos interpelan y nos señalan el rumbo. A una persona responsable no se le ocurre excusarse, todos tenemos deberes y al cumplirlos estamos dándonos a conocer y ocupamos el sitio asignado. De alguna manera, al actuar adquirimos el derecho de pertenencia y de respeto.

El problema de evadir la participación no sólo se encuentra en nuestra tendencia al confort sino también en la cobardía para afrontar las dificultades que ponen los demás. Por eso se dice que la pasividad de los buenos facilita la audacia de los malos.

Sin embargo, siempre hay personas que desean actuar bien y están atentas al modo de hacerlo. Si no encuentran el buen ejemplo que esperan, les dificultamos o retrasamos su intervención. Eso tiene su importancia y retrasa la cadena de buenas participaciones. Al dar buen ejemplo abrimos la puerta a redes de difusión del bien. Satisfacemos a los testigos que desean actuar y cuando ellos aprenden encausan a otros.

Por honestidad, cada uno hemos de cultivar, entre otras disposiciones, la riqueza de nuestra preparación para comprender mejor las causas de los desajustes sociales y afrontarlos. No hay peor desgaste de lo que realiza alguien con muy buena voluntad, pero muy desorientado. La honestidad es una virtud profundamente anhelada, pero desgraciadamente poco practicada. Se han instalado auténticas redes para desprestigiar a quienes viven esta virtud, y presionan grupos corruptos que cada vez se adueñan de posiciones más influyentes que les hacen intocables.

Es importante aumentar la confianza en uno mismo y en los demás. La confianza es directamente proporcional al entusiasmo que acompaña la participación porque nuestra esperanza crece con la seguridad de obtener buenos resultados.

Antes de advertir los defectos en los demás es necesario reconocer los propios. Muchas veces éstos son parte de las barreras que obstaculizan el desarrollo. Enseguida, al reconocer que el éxito tiene estrecha relación con las cualidades de la persona y no dependen tanto de sus posesiones o de sus relaciones, obtendremos mejores resultados.

En la familia ponemos los cimientos de las relaciones humanas y adquirimos la preparación básica para participar. Los padres han de reconocer la importancia de su papel en la forja de ciudadanos, por eso, es muy importante que desarrollen, en sus hijos, la confianza y el deseo de colaborar.

En la familia se vive con sencillez y así se adquiere la habilidad para más adelante resolver lo difícil. También en la familia se fomentan los alicientes para, más adelante, ejercer un trabajo. En este aspecto es importante que los padres hagan ver la importancia de la cortesía, del espíritu de servicio, y de la honestidad. La cortesía no ha de ser un simple ritual sino el resultado del respeto a los demás. El espíritu de servicio ha de explicarse como la necesidad que todos tenemos de la ayuda mutua. Y la honestidad como consecuencia de vivir rectamente la justicia: saber lo que nos corresponde y lo que les corresponde a los demás.

Como podemos darnos cuenta, los fundamentos para ser ciudadanos responsables, se deben impulsar desde temprana edad. Inician apoyándose en las habilidades que los

padres descubren en sus hijos, para luego mostrárselas a ellos. Y siempre impulsarles a adquirir virtudes, pero especialmente la tenacidad, la fortaleza para combatir los errores, y la humildad para pedir ayuda a quien corresponda, cuando la necesiten.

Una forma muy grata de participación consiste en el cultivo de relaciones sociales de amistad. Entre buenos amigos se pueden formar agrupaciones para ayudar a resolver algunas carencias. Con sencillez y confianza es fácil mantenerse estimulados.

En los grupos sociales más amplios, que surgen entre los compañeros de trabajo o con las personas a quienes prestan servicios, con sencillez se pueden ofrecer servicios de orientación o de consejería.

Cada nuevo día es una oportunidad hacer el bien con dichos y hechos. Para actuar con iniciativa y para alcanzar las metas trabajando con constancia y esperando con paciencia. Para atajar los males con respectivas denuncias y correcciones, según los casos.

La avaricia es un mal muy socorrido, especialmente cuando estamos en una sociedad compulsivamente consumista. Esta tendencia se frena si nos proponemos administrar bien el dinero, y para ello revisar cómo lo ganamos y cómo lo gastamos

Los logros se han de disfrutar, así mantenemos una manera estable de seguir actuando con responsabilidad y sin cansancio. Tito Livio aconsejó “En la adversidad asume la serenidad de la prosperidad y en la prosperidad modera el temperamento y los deseos.”

Bibliografía

Artigas, M. y Turbón, D. (2008) Origen del hombre. Ciencia, Filosofía y Religión. 3a. edición, Pamplona, EUNSA.

Jouve, N. Sobre la dignidad y la muerte digna. En https://www.actuall.com/criterio/vida/sobre-la-dignidad-y-la-muerte-digna/?mkt_tok=eyJpIjoiWIRWaFlXUTFORgt6TldNMSIsInQiOiJZc2trR2RyQUJ3RldMUjRISUpsMWk0ZWlclzFjV3dDSk5YclB1QXNwaEVBNXUrOVZRdk1VRTc0UERGbXRMMETSU1SMVhGQnNTcEt4WG92U1pLWnZJTk54RGh0bCtyelk2NXBM SW0ydTlOSUIBUnl3c3lFYWxscjNoQzdvdkt5S2cifQ%3D%3D (Recuperado el 09/04/2019).

Llano, A. (2005) La vida lograda, 3ª. edición, Barcelona, Editorial Ariel.

Ratzinger, J. (1992) El don de la vida, Instrucción y comentarios, Madrid, Libros Palabra.

Sarah, R. (2019) Se hace tarde y anochece, Madrid, Palabra.